



#Esfuerzo#Responsabilidad#Mérito#Compromiso

VIVIR DEL CUENTO



Lorenzo Ramirez - Jubilado, que no pasivo - 14 de septiembre de 2025

...en un país de “flojos exigentes”

Desde muy pequeño, mis padres y educadores me inculcaron que había que estudiar para aprobar, esforzarse para conseguir, trabajar para merecer.

Sin embargo, y por lo que vengo apreciando desde hace ya tiempo, parece que esa filosofía se va difuminando y viene siendo sustituida por otra, opuesta, en la que lo inteligente es conseguir sin hacer, vivir sin bregar, disfrutar sin afanarse; en la que predominan los derechos, las reivindicaciones, las exigencias.

Cada vez son más los que pretenden “sacarle el jugo” a la sociedad, que sea el país su ángel de la guarda, su permanente valedor, mientras viven de brazos cruzados en la irresponsabilidad y el acomodamiento.

Alguien dijo que “la clave no está en evitar el esfuerzo, sino en disfrutar el proceso de esforzarse” y, sin embargo, día tras día, “vivir del cuento” aumenta su número de adeptos y simpatizantes.

Me pregunto en qué punto empezamos a perder de vista esa cultura del esfuerzo, del compromiso y la responsabilidad, de la capacidad de afrontar situaciones y no rendirnos ante la adversidad, del interés por ser cada día mejores, actitudes que siempre se han visto y en otros muchos países se siguen viendo como imprescindibles en el desarrollo personal y el crecimiento de la sociedad en la que nos desenvolvemos.

Las comunidades progresan y consolidan sus avances gracias a las aportaciones de sus miembros. Seguro es que no todos pueden contribuir en la misma proporción, pero también que, más que necesario, resulta indispensable que se esfuercen y colaboren en función de sus capacidades, porque sin esfuerzo no hay crecimiento ni desarrollo.

Una sociedad éticamente sana y pujante debe ayudar a sostener a “*los que menos pueden*”, por limitaciones físicas, mentales o coyunturales, pero, en ningún caso, a “*los que menos quieren*”. Todas las personas, por el hecho de serlo, deberían disfrutar de unas condiciones dignas de vida; pero para sufragar esas condiciones es esencial que cada cual aporte, no en la medida de sus apetencias, sino de sus capacidades, que habrá que procurar que potencien.

Por supuesto que debemos ser solidarios, pero conscientes de cómo, cuánto y cuándo ayudar, de manera que los apoyos, prestaciones, asistencias y subsidios, al tiempo de eficientes, sean razonables, limitados en el tiempo -salvo incapacidades físicas o mentales no reconducibles- y, en la medida de lo posible, no totalmente gratuitas, sino en compensación de trabajos, de colaboraciones del tipo que sean, que redunden en beneficio de la sociedad.

No hacerlo así, como ocurre cada vez con mayor frecuencia en la actualidad, nos lleva a promocionar, en unos, la inacción, la pasividad y la pereza, mientras que en otros, el agravio y la indignación; y, tanto los primeros como los segundos, resultan ser auténticos y poderosos frenos al progreso.

¿Cómo ha de sentirse la persona que trabaja ocho horas diarias y cobra un determinado salario, en relación a su vecino, voluntariamente desocupado, que percibe una compensación similar detraída, precisamente, de los impuestos del primero?.

Tal vez el primer pecado lo empezamos a cometer con la educación que damos a nuestros hijos: ¿Creemos tal vez que el mejor modo de educarlos es hacerles la tarea, dárselo todo hecho, liberarlos de responsabilidades, evitarles todo tipo de contratiempos, hacer lo posible para que no tengan que enfrentarse a ningún problema?. ¿De verdad imaginamos que serán así más exitosos y más felices?.

A quien piense de este modo, le recomiendo que lea el tierno y alegórico “Cuento de la Mariposa” de Jorge Bucay. Tal vez le ayude a reflexionar en mayor profundidad y, muy probablemente, cuando menos, a poner esta opinión en tela de juicio.

Nuestra aportación en su formación debería combinar, en proporciones adecuadas, el juego y el entretenimiento con el trabajo y el aprendizaje, la diversión con la obligación. Todo ello para conseguir que se desarrollen como personas y puedan valerse por sí mismas, porque es ése, y no otro, el verdadero objetivo.

Sí que parece que, en **la llamada al retorno de la cultura del esfuerzo**, podría ayudar que, en lugar de callarnos e incluso aplaudir y reír la gracia a quien alardea de esquivar una obligación, conseguir, fraudulentamente, una subvención, o vivir de ella de manera abusiva, le expresáramos asertivamente nuestra disparidad, nuestro desacuerdo y nuestro desencanto.

Igualmente, facilitaría la nueva reinserción de esta cultura, nuestro firme compromiso de actuar en todo momento -especialmente ante terceros- conforme predicamos.

Buen empujón le daríamos a la causa, si lográramos erradicar la aplicación de ese mal-concebido principio igualitario -que en ningún caso equitativo- del “café para todos” y pudiéramos ligar debidamente, con sus méritos, el trato a dispensar a los miembros de un equipo (y no hablo sólo del salario), sin que los jueces tuvieran esa evidente tendencia a tacharlo de discriminatorio.

Pensemos, si no, en qué razones pueden mover hoy a un trabajador a colaborar más, a hacerlo mejor, con más energía y más entusiasmo, si sabe que lo van a tratar de idéntica manera que al menos eficiente, más vago y menos comprometido del equipo.

Bendito impulso sería el de nuestros gobernantes si decidieran integrar, en los planes y programas educativos, la cultura del esfuerzo –como digo, actualmente en ignorado paradero- con el mismo ahínco, recursos y dedicación que han venido empleando para otros principios como, por ejemplo, el de la igualdad de género.

Las políticas indiscriminadas de ayudas y subvenciones son, sin la menor duda, multiplicadoras de inacción y dependencia, y responsables de una población más

pasiva, menos competente y, en la misma proporción, cada vez más reivindicativa y exigente, porque es, justamente, en el reclamo, la demanda y la exigencia donde emplean la energía que se ahorran en la faena, la colaboración y el compromiso.

Por ello, aún sabedores de que siempre genera más votos “añadir derechos” que racionalizarlos, tampoco vendría mal que nuestros legisladores sustituyeran la generalización de estas políticas, por otras más ajustadas a las necesidades reales del país y de sus ciudadanos. De este modo, ayudarían responsablemente a construir una sociedad vigorosa y próspera al tiempo que éticamente responsable, en lugar de orientarse a lo que resulta más conveniente en cada momento a los partidos políticos en los que están encuadrados.

Sólo si frenamos esta lamentable tendencia evitaremos seguir escalando posiciones y encumbrarnos como **“el país de los flojos exigentes”**.